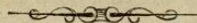


otros insiste mas que antes sobre el buen lado de los escritores que tienen á la vez grandes defectos y cualidades apreciables. De ese modo espera haber satisfecho las exigencias razonables de los que en Francia y en otras partes se han dignado fijar la atencion en esta historia de las letras griegas. Está muy léjos de creer que su obra haya alcanzado la perfeccion; la ha dejado sí, menos imperfecta, y ha procurado que sea una verdad el título, el cual anuncia una edicion *revista, corregida y aumentada*.



HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Preliminares.

ORÍGEN PROBABLE DE LOS GRIEGOS Y DE SU LENGUA.—CARÁCTERES GENERALES DE LA LENGUA GRIEGA.—DIALECTOS EÓLICO, DÓRICO, JÓNICO Y ÁTICO.—CUALIDADES LITERARIAS DE LA LENGUA GRIEGA.—DE LO MARAVILLOSO POÉTICO.—RELIGION PRIMITIVA DE LOS GRIEGOS.—PARTE QUE TOMARON LOS POETAS EN LA COMPOSICION DE LAS LEYENDAS RELIGIOSAS.

Origen probable de los griegos y de su lengua.

La raza helénica se creía autoctona, esto es, según la fuerza del término, natural de la misma tierra que ocupaba. Justamente enorgullecida de los portentos de su brillante civilización, rechazaba toda idea de parentesco con las razas menos favorecidas que cercaban sus fronteras, y las comprendía indistintamente en la injuriosa denominación de bárbaras, sin que se librasen de tal proscripción algunos pueblos que hablaban su mismo idioma, pero cuya cultura la parecía harto imperfecta. Mucho después los macedonios y los epirotas, dadas sus pruebas, fueron admitidos á participar de los privilegios de la noble familia. Respecto de

las naciones extranjeras, cuya lengua era ininteligible para los helenos y sonaba á sus oídos como un *gorgoriteo*, segun se expresa un poeta antiguo, no suponían siquiera que pudiesen tener con ellas la mas remota comunidad de origen. Con todo, eran parientes, y parientes bastante próximos, no solo de sus vecinos, sino de otros muchos aun: éranlo de los frigios, de los lidios á quienes despreciaban, de los persas, al principio casi señores, y despues súbditos suyos; en fin, de veinte pueblos cuyo nombre ni siquiera hasta ellos habia llegado.

La ciencia moderna ha probado que los helenos, ó los griegos, como nosotros les llamamos segun el nombre que les daban los romanos, habian venido de léjos á su país, y que aquella gran corriente de emigraciones cuyas huellas pueden seguirse del sureste al noroeste, al través del Asia y de la Europa, les habia llevado á aquella tierra predestinada. Hase confrontado la lengua de Homero y Demóstenes con lo que resta de las antiguas lenguas del Asia Menor; con el armenio moderno, señal casi borrada de un tipo antiguo; con la lengua primitiva de los persas, conservada en los libros atribuidos á Zoroastro; y con el sanscrito, tronco pristino de los idiomas indó-europeos. Hase averiguado que todas esas lenguas al parecer tan diversas, tenían una multitud de voces cuyas radicales eran evidentemente las mismas, y que todas ofrecían, en el conjunto, idéntica estructura gramatical é iguales modos de derivacion é inflexion. Es dado pues inferir que muchas naciones del antiguo mundo pertenecían á la misma familia, atendido á que el parentesco de las lenguas prueba claramente el de las razas.

Pueblos que ocupaban el suelo de la Grecia en las épocas mas remotas, pelasgos, driopos, abantos, lelegos, caucos y otros, fueron pues llevados al mismo tiempo en una época desconocida, por el movimiento que al parecer arrastra á la civilizacion segun el curso del mismo sol. ¿Qué lenguas hablaban á su llegada? Nadie puede decirlo; pero á buen seguro esas lenguas contenían ya en sí los elementos fundamentales del que mas adelante fué idioma griego.

He dicho lo que sabemos. Otro tanto hubieran podido saber los griegos; pero les cegaba el orgullo nacional. Nunca quisieron aprender mas lengua que la suya, ni admirar mas pueblo que á sí mismo. Con todo, algunas de sus tradiciones domésticas podían instruirles: Homero no dice en parte alguna que los griegos hablasen en el sitio de Troya un idioma distinto del de los pueblos del Asia, troyanos, licios, dardanos y otros, contra los cuales lidiaban. Es de suponer que se entendían mutuamente, toda vez que Homero les pone en conversacion unos con otros: tenían pues un idioma, si no comun, á lo menos muy análogo. Segun algunos, Perseo era un héroe griego y persa á la vez: los griegos le atribuían la fundacion de Micenas, y el gran rey le reivindicaba como á antecesor suyo. El poeta Esquilo adivinó como por instinto esa fraternidad de persas y griegos tan tardíamente demostrada por la ciencia. He aquí cómo la reina Atosa, en la tragedia de los *Persas*, refiere á sus ancianos consejeros el sueño que ha tenido: «Me ha parecido ver ante mí dos mujeres magníficamente vestidas. La una llevaba el vestido de los persas, y la otra el traje dórico; su talla era mas majestuosa que el de las mujeres del

dia; su belleza, sin tacha: eran dos hijas de la misma patria: eran dos hermanas. La suerte habia fijado á cada una su patria: la una moraba en la tierra de Grecia, y la otra en la de los bárbaros.» Esas dos mujeres, esas dos hermanas del sueño de Atosa, son las figuras simbólicas de Persia y Grecia.

Las tradiciones recopiladas por los autores antiguos nos representan los primeros pueblos de Grecia, no como bandidos feroces y sanguinarios, sino como hombres industriosos, de sencillas y suaves costumbres, dados á la agricultura, y tributando á las potencias de la naturaleza un culto nada bárbaro. Aquellos pueblos construyeron en los tiempos mas remotos algunas ciudades de importancia; y esos que llamamos monumentos ciclópeos á causa de sus colosales dimensiones, esas murallas, esas puertas de ciudades y esas torres de los griegos, pueden probar todavía que sus ascendientes no carecian del genio artístico y de los conocimientos prácticos que suponen un largo pasado y una experiencia adquirida á copia de ensayos. En manos de aquellas poblaciones inteligentes prosperó durante dilatados siglos el fondo comun importado de Oriente, y debió de operarse un inmenso trabajo en el decurso de aquel período para nosotros tan oscuro, de donde salieron radiantes de juventud la nacion griega de la edad heroica, cuyas proezas merecieron ser cantadas por Homero, y el idioma griego, cuyos primeros monumentos escritos quedaron como tipos de gracia y de hermosura.

Caractéres generales de la lengua griega.

Un país como la Grecia, tan dividido, tan cortado, por de-

cirlo así, y en donde las poblaciones, separadas por montes ó mares, estaban condenadas á vivir aisladas unas de otras; no podia tener por sí mismo, ni conservar mucho tiempo la unidad absoluta de nacionalidad é idioma, que era el carácter dominante de las razas esparcidas en las vastas llanuras del alta Asia. En los tiempos heroicos cuenta la Grecia una casi infinita muchedumbre de pueblos ó tribus mas ó menos poderosas, que se distinguen todas así por el nombre como por tradiciones propias, por una historia particular suya, y probablemente tambien por variedades de dialectos ó de pronunciacion. Los habitantes de la isla de Creta, segun el testimonio de Homero, no formaban una poblacion idéntica ni hablaban todos la misma lengua, y con mas razon habia de suceder lo mismo en las diversas partes de Grecia, unas respecto de otras. Pero cumple decir que en el fondo de esta variedad subsistia la verdadera unidad, la unidad moral, la que hermana los pueblos; y que las obras de su genio llevan, si no un sello uniforme, á lo menos evidentes rasgos de semejanza.

En la abundancia de sus formas diversas no perdía el idioma griego su esencia. Los dialectos no eran gerigonzas, productos informes de una descomposicion de la lengua materna: esta estaba toda en cada uno de ellos, y atrévome á decir que cada uno de ellos no es mas que un aspecto particular de la misma figura, vista de frente ó de perfil, pero siempre admirable y digna de contemplacion, de cualquier lado que se la considere. Todos los dialectos griegos que conocemos tienen este carácter; todos han conservado á lo menos las cualidades principales de aquella lengua incomparable, tan hermosa y tan rica, á la vez flexible y

fuerte, capaz de pintarlo y explicarlo todo, y que se prestaba sin esfuerzo á todas las necesidades y aun á los caprichos todos del pensamiento. Por lo demás, muchos de esos dialectos perecieron con las poblaciones que los hablaban, por falta de cultura literaria, sin la cual las naciones son poco mas que sombras pasajeras; muchos tambien solo nos han sido revelados por raras inscripciones, ó por algunas notas esparcidas en los escritos de los gramáticos.

Dialectos eólico, dórico, jónico y ático.

Aquella multitud de dialectos se reducía á tres tipos, ó á tres familias distintas: el eólico, el dórico y el jónico.

Los eolios propiamente llamados habitaban al principio la llanura que se extiende al Mediodía del rio Peneo y las comarcas vecinas hasta el golfo Pagasético. Tambien se les halla en Calidon, en la Etolia meridional; pero mientras los eolios de Etolia se funden en otras razas y desaparecen de la historia, vese por el contrario que los eolios de Tesalia, que llevaban propiamente el nombre de beocios, emigran dos generaciones despues de la guerra de Troya, al país que se llamó en adelante Beocia, y ocupan luego con sus colonias una parte de las costas é islas del mar Egeo. En lo que resta de los poetas líricos de Lesbos pueden estudiarse y apreciarse los rasgos que caracterizan el dialecto eólico. Lo que desde luego sorprende es la singular concordancia de sus formas y de sus terminaciones con las de la lengua latina; por manera que no sin verosimilitud se cree que de todos los dialectos griegos el eólico es el mas antiguo, el mas inmediato al tronco comun de que brotaron los idiomas griego y latino. Aquí me refiero al eólico puro, al

eólico de Lesbos, ó al beocio en su forma primitiva, idéntico al mismo; pues comprendíase generalmente en los dialectos eólicos todo lo que no era jónico, ático, ni dórico, como el tesalónico, el eleo y otros dialectos mas ó menos conocidos por los monumentos epigráficos.

El dialecto de la raza dórica era apenas una variedad del eólico: originariamente confinado en una reducida parte de la Grecia del Norte, la gran revolucion que lleva por nombre el regreso de los Heráclidas lo propagó en el Peloponeso y en otras comarcas. El dórico es notable entre todos los demás dialectos griegos por su robustez y amplitud, por el predominio de los sonidos abiertos y por la escasez de consonantes ásperas. Hasta en los siglos mas cultos y en el seno de la civilizacion mas refinada, en Siracusa, por ejemplo, conservó su carácter antiguo y su robusta naturaleza, algo rústica, mas no sin gracia ni hermosura. Digamos empero que el gusto desdeñoso de los que no eran dóricos se avenía poco con aquella melopeya sencilla y aquellos términos rudamente acentuados. «Van á fastidiarme con tanto abrir la boca á cada palabra,» exclama un extranjero en el idilio de Teócrito al oír hablar á las dos siracusanas.

El dialecto jónico es mucho mas diferente que el dórico, y sobre todo que el eólico, de lo que puede considerarse como tipo primitivo de la lengua. Nacido en el continente de la Grecia, propagóse en el Asia Menor con las colonias procedentes de Atenas, y allí sufrió todavía una elaboracion ó una nueva depuracion. El influjo de aquellas afeminadas comarcas se manifiesta en la tan rebuscada armonía que constituye su rasgo distintivo. El jónico abunda en sonidos suaves y líquidos, y en él es frecuente la concurren-

cia de vocales, no de todas indistintamente, sino de aquellas sobre todo cuya pronunciacion exige menos esfuerzo. La *a* domina en los dialectos arcáicos: en el jónico es rara y nunca lleva acento en las sílabas finales. La eufonía rige no menos imperiosamente la disposicion ó el cambio de las consonantes.

Antes de ser tal como le vemos en Hipócrates ó en Herodoto, el dialecto jónico debia parecerse infinitamente al épico, con el cual conservó siempre estrecha semejanza. El dialecto épico fué durante algunos siglos la lengua comun de la poesía. Contemporáneo de los primeros ensayos de la musa griega, todo parece probar que estaba ya fijado mucho tiempo antes de Homero, y quizás desde la época de la guerra de Troya. Salvo pues las licencias autorizadas por las necesidades de la versificacion, es la lengua que hablaban los héroes celebrados despues por Homero. Esos héroes eran aqueos. Los aqueos al menos ocupan siempre el primer término en los cuadros de la edad heróica, en los cuales no se ve á los dorios; los jonios figuran en un órden del todo secundario, y nunca como pueblos diferentes de los aqueos. Mas adelante prevaleció el nombre de jonios; pero no por la sustitucion de una raza á otra: los jonios eran, digámoslo así, los segundogénitos de la familia aquea. Y las dos lenguas, la aquea y la jónica, eran verdaderamente hermanas, como eran hermanos los dos pueblos. En las leyendas genealógicas, que son los rudimentos de la historia antigua de Grecia, Jon y Aqueo son hermanos, hijos ambos de Helen, personificacion de la raza helénica.

El jónico de la Grecia europea, el que se hablaba en el Atica, en vez de suavizarse y afeminarse como el jónico de

Asia, tomó con el tiempo un carácter cada vez mas severo, y llegó á ser lo que con bastante impropiedad se llama dialecto ático, que es la misma lengua clásica. En efecto, si se exceptúa un reducido número de formas de mediana importancia, que solo usaron los escritores de Atenas, y que son restos del jónico ó importaciones eólicas y dóricas, puede decirse que casi todos los griegos acabaron por adoptar el idioma ateniense, si no en todas partes como lengua usual, á lo menos como instrumento de comunicacion literaria. Los escritores del siglo de Pericles, que lo hicieron triunfar de los demás dialectos, son los áticos puros; pero el aticismo no desapareció con ellos: todos los siglos siguientes contaron aticistas, y algunos de estos descubrieron los secretos de la diccion de los maestros, del mismo modo que en nuestros dias vemos hombres de talento que, con un esfuerzo de ingenio y de gusto, permanecen fieles á las exquisitas tradiciones de nuestro gran siglo. Tal autor hay del tiempo de los Antoninos, Luciano por ejemplo, ó aun tal padre de la Iglesia, por ejemplo, S. Juan Crisóstomo, que figura dignamente al lado de los modelos de la lengua clásica. Hasta los escritores sin número que se llamaban meramente *helenos*, eran en el fondo mas ó menos áticos, toda vez que el idioma comun de los letrados, prescindiendo de las alteraciones que sufría en manos inexpertas, les venia precisamente de los aticistas de que he hablado, ó de los verdaderos áticos que antes habian escrito en Atenas.

Cualidades literarias de la lengua griega.

Considerada la lengua griega, ya en sí misma y en sus condiciones esenciales y primordiales, ya en la infinita va-

riedad de sus manifestaciones exteriores, distínguese entre todas las lenguas conocidas por aquella cualidad que es esencialmente la del genio griego y de sus producciones; hablo de la medida, de ese agradable temperamento entre el rigor sistemático y el excesivo abandono, entre la sequedad y la plenitud exuberante. No tiene una gramática casi geométrica, como lo oigo decir del sanscrito; tampoco es, como algun idioma moderno, un agregado de términos incoherentes y mal unidos entre sí por las casualidades del uso. Ha desechado todas las combinaciones de vocales y consonantes que hubieran sido harto ingratas al oído, obligando muchas veces á la ortodoxía gramatical á ceder á las delicadas exigencias de la eufonía. Apenas hay irregularidad en las palabras ó en la sintaxis que no se explique sin grande esfuerzo por alguna alta conveniencia de buen gusto literario. En el griego las vocales son numerosas, en especial las breves, y ninguna lengua ofrece mayor riqueza de diptongos y de sonidos producidos por contracciones de vocales: el griego estaba perfectamente precavido contra todo peligro de monotonía. Cierta que la pronunciación moderna reduce todos esos sonidos á un número mucho menor, y hace predominar el de la *i* de un modo bastante desagradable; pero no creo que los griegos los distinguiesen en la palabra escrita para confundirlos en la hablada: de seguro hubo un tiempo en que cada una de esas vocales, cada uno de esos diptongos, cada uno de esos sonidos diversos tenia su valor propio, como hubo un tiempo en que ciertas combinaciones de nuestra escritura, que desaparecen en la enunciación de las palabras, así atañían á la ortografía como á las articulaciones de la voz.

En el idioma griego, y generalmente en los idiomas de la antigüedad, las palabras con sus inflexiones y las variadas desinencias de sus casos se presentaban, segun la feliz expresión de Otfried Müller, como cuerpos vivos, mientras nosotros las vemos reducidas al estado de verdaderos esqueletos en las mas de las lenguas modernas. El mismo autor compara la frase antigua, cuyas partes se colocan simétricamente y sin esfuerzo en virtud de su índole y de las conveniencias, con un edificio bien construido, bien ordenado, y cuyas justas proporciones admiran nuestros ojos. Tambien dice que las lenguas que han perdido sus inflexiones gramaticales, ó adolecen de una invariable y monótona disposición de las palabras que impide la viva expresión del sentimiento, ó exigen del autor una atención profunda si se propone apreciar la relación mútua de los diversos miembros de la frase. Este último defecto es, segun confiesan los mismos alemanes, el vicio capital de la lengua alemana: el otro defecto es el de los idiomas neo-latinos. La lengua griega no tenia la oscuridad del alemán, ni la claridad algo vulgar de los idiomas hijos del latín: en ella hallaba el escritor la disciplina que prohíbe las licencias harto peligrosas, y aquella libertad de construcción sin la cual ni aun el ingenio mas privilegiado puede conseguir siempre la traducción satisfactoria y completa de todos los movimientos del corazón y del pensamiento.

Basta este ligero bosquejo para recordar al lector las admirables perfecciones de la lengua griega; pero antes de pasar al estudio de lo que forma propiamente nuestro asunto, fáltanos exponer algunas observaciones sobre un punto que no importa poco al conocimiento sano y verdadero de las primeras obras del genio antiguo.

De lo maravilloso poético.

Tiempo ha que está acreditado el error de que la mitología griega no es mas que una máquina montada por ciertos poetas para la armazon de sus composiciones literarias, un sistema de alegorías ingeniosamente imaginado para dar á la epopeya el indispensable ornamento que se ha llamado lo maravilloso. La opinion de Boileau puede resumirse en esos términos. Los críticos sucesivos han robustecido sus aserciones, y en la mayor parte de los tratados destinados á la juventud estudiosa, no deja de ensalzarse, en Homero por ejemplo, el mérito de la invencion, de la creacion real, allí donde precisamente el poeta apenas ha hecho mas que tomar y escoger. Homero es un creyente; su supuesto maravilloso lo son las tradiciones religiosas que le han legado sus padres. La poesía griega está viva, y la mitología es su alma; pues la mitología no es un sistema ni una máquina fabricada expresamente: es la misma religion griega.

Religion primitiva de los griegos.

El culto de los habitantes primitivos de la Grecia era sencillo, pero no tosco; no adoraban la piedra ni la madera; sus dioses eran personificaciones de las fuerzas que se mueven y obran en la naturaleza. En el primer lugar colocaban á Zeo, á quien nosotros llamamos Júpiter, segun el nombre que le dieron los latinos: era el dios del cielo ó del aire, al par que del dia y de la luz. Estas dos ideas, correlativas una á otra, están contenidas en la raiz de la palabra, como se ve comparando los casos oblicuos *Dios Diu* y

Dia, con los términos latinos *dies* y *diurnum*, uno de los cuales significa el dia y otro el aire ó el cielo. A ese dios del cielo, que habitaba las regiones superiores, dábasele por esposa la Tierra divinizada con nombres diversos, algunos de los cuales, como los de Hera y Damater ó Demeter, solo eran sinónimos ó ampliaciones de la misma palabra tierra: Demeter significa la tierra-madre ó la tierra-nodriza. La union de ambas divinidades era la expresion simbólica de la accion fecundante de la lluvia. Fiel Virgilio á las tradiciones antiguas, dice tambien á imitacion de los griegos: «Entonces el padre todopoderoso, el Eter, descendiende en lluvias vivificas al seno de su alegre esposa (1)»

Al lado del dios supremo habia otros dioses que á su vez eran como personificaciones de algunos atributos de aquél, por quien derramaban los beneficios de la luz, y combatian las potencias malélicas y tenebrosas. Tal era Atenea, para nosotros Minerva, que nació de la cabeza de su padre Zeo: protegia á las ciudades y representaba á la vez la sabiduría y el valor. Tal era Apolo, el conductor del sol, ó el sol mismo. La tierra tenia, como el cielo, sus divinidades subordinadas. Hermes hacia salir de su seno todos los tesoros de la fecundidad; Cora, mas adelante llamada Perséfone, la Proserpina de los latinos, hija de Demeter, alternativamente perdida y recobrada por su madre, era el símbolo de esa fecundidad, cuya energia pasa alternativamente cada año del descanso á la actividad y de la actividad al descanso. No necesito observar que, desde los primeros tiempos, otras potencias naturales, otros elementos, como decian los antiguos, tuvieron sus personificaciones naturales. Así es que

(1) *Geórgicas*, lib. II, vers. 325, 326.

el agua era una divinidad, por nombre Posidon, á quien nosotros llamamos Neptuno, segun los latinos; el fuego era otra que se llamaba Hefesto, el Vulcano de la mitología latina. Emprendida ya semejante senda, la imaginacion no podia detenerse, y es probable que durante el período primitivo se consagraron casi todos los nombres de divinidades, en especial los de las mas importantes, y que estos nombres correspondian al principio con los fenómenos mas perceptibles de la naturaleza.

Un nombre simbólico: eso es lo que á corta diferencia fueron al principio los mitos entre los griegos; pero ese estado rudimentario cesó muy pronto, y aquellos nombres luego tuvieron cuerpo, alma y rostro: el antropomorfismo, como se dice, no tardó en ser completo. Cada dios tuvo su historia, su filiacion particular, sus alianzas, ya con los demás dioses, ya con los hombres: trasladóse enteramente á los seres divinos la vida humana con sus grandezas y su hermosura, pero tambien con sus defectos y miserias. La tierra, digámoslo con Plutarco, se confundió con el cielo.

Parte que tomaron los poetas en la formacion de las leyendas religiosas.

Los dioses paganos no nacieron pues del cerebro de los poetas. La poesía se limitó á fijar definitivamente sus hechos y á determinar con mas precision su representacion respectiva y sus caractéres. Los poetas arreglaron algun tanto el caos de las teogonías tradicionales; sin duda añadieron algo á las tradiciones, pero solo les prestaron adornos, accesorios, sin introducir innovacion alguna en el fondo. Estoy en la persuasion de que algun poeta contó las

Musas, esto es, las bellas artes, y las hizo hijas de Mnemosina ó de la memoria. La alegoría de las Plegarias, hijas cojas de Júpiter, que van en pos de la Injuria, es probablemente una concepcion del genio de Homero; pero de seguro no fué Homero quien inventó la leyenda de Hefesto ó Vulcano, de aquel dios famoso por sus malaventuras, que por haber querido calmar las disensiones de la morada paterna, fué cogido por su padre y precipitado de lo alto del cielo á la isla de Lemnos. Tampoco fue él quien pudo imaginar que Júpiter, cuyo poderío ensalza, se habia visto obligado en un momento crítico á reclamar la ayuda de no sé que mónstruo de cien brazos.

Los dioses de Homero pertenecen al mundo humano, si así puedo decirlo, y apenas se halla en su leyenda algun rasgo, ó algun epíteto consagrado, que traiga á la memoria su primitivo y simbólico origen. Son su morada habitual las cumbres del Olimpo, en donde Júpiter tiene una córte, á semejanza de los reyes de la edad heróica: parécese á Agamenon elevado á la inmortalidad y á la omnipotencia. La esposa de Júpiter comparte como una reina sus honores y preeminencia. Los demás dioses son ministros no mas del dios supremo, ó consejeros que le ayudan con sus dictámenes en la gobernacion del universo. En el palacio de Júpiter hay rivalidades, enemistades sordas ó paladinas; y la córte celestial ofrece el mismo cuadro de lucha, y á menudo de confusion, que aquellos consejos en que los pastores de los pueblos, como les llama Homero, nunca llegaban á entenderse. Pero lo que principal y casi únicamente ocupa á los habitantes del Olimpo, es la suerte de las naciones y de las ciudades: ellos son los que hacen salir bien ó mal las em-

presas de los héroes, y no es raro verles mezclarse personalmente en los combates que se libran en la tierra y exponerse á los mas desagradables percances. Los héroes no son indignos de esa alta intervencion, pues los mas son hijos de dioses, ó descendientes de hijos de dioses, y forman la cadena que une la raza divina con el rebaño vulgar de la especie humana.

A pesar de todos sus esfuerzos nunca lograron los poetas formar de la religion griega un todo sistemático y bien trabado. La conciencia no hallaba completa aquella explicacion del gobierno del universo, y hasta obligó á introducir principios de otro órden, subversivos de toda la economía mitológica. El destino, fuerza misteriosa y omnipotente, sirve para dar razon de lo inexplicable. El destino está ya en Homero. Verdad es que por punto general sus decretos son, segun el poeta, la misma voluntad de Júpiter, ó concuerdan á lo menos con esta voluntad; pero á veces tambien hay contradiccion, y el dios muy alto, muy glorioso y muy grande se ve reducido á resignarse, mal que le pese, aun á los mas acerbos sacrificios. Júpiter no puede salvar de una muerte prematura á su hijo Sarpedon. «Ay! exclama, que desgracia para mí! El destino ha decretado que Sarpedon, el guerrero que mas amo, sucumba á los golpes de Patroclo, hijo de Menecio (1).» Por otra parte, los cultos extranjeros, como los de Dionisio ó Baco, y de Afrodita ó Vénus, no depusieron, al naturalizarse en Grecia, toda su barbarie primitiva, á pesar de las elegantes leyendas aplicadas por el genio griego á aquellas divinidades transformadas. En fin

(1) *Iliada*, canto XVI, vers. 433, 434.

en lo secreto de algunos santuarios se cultivaban altas doctrinas religiosas, cuyas vislumbres llegaban de vez en cuando mas allá del círculo de los iniciados.

La primera palabra de la filosofia espiritualista, su primer balbucencia fué un grito de enérgica protesta contra el antropomorfismo. Jenófanes reconviene severamente á Homero y Hesíodo por haber atribuido á los dioses, no solo las cualidades y las virtudes de los hombres, sino hasta acciones vergonzosas é infamantes, como el robo, el adulterio y la impostura. A oír á aquel filósofo, si los bueyes y los leones tuviesen manos para pintar y fabricar obras de arte como lo hacen los hombres, representarian á los dioses con formas y cuerpos semejantes á los suyos; los caballos les darian formas de caballo, y los bueyes de buey. Un estudio mas profundo de la religion reconcilió á los filósofos con los símbolos. La filosofia no se desdeñó de cubrir la verdad con velos alegóricos. Los mitos de Platon son célebres, y de Aristóteles son estas palabras profundas: «El amigo de la ciencia lo es en cierto modo de los mitos (1).»

(1) *Metafísica*, lib. I, cap. II.